

# El diablo en la piel

Verónica González Laporte

*Con 37 balazos en distintas partes del cuerpo llega un herido a la sala de emergencias de un hospital. Los médicos, las enfermeras, los demás pacientes y sus familiares no pueden evitar sentirse vulnerables por la llegada del misterioso hombre y de quienes lo acompañan. Este relato de la autora de El hijo de la sombra revela cómo se convive con la violencia y la muerte en el México actual.*

Por primera vez en semanas me alegré de que mi madre no pudiera oír ni ver nada. Ajena al mundo, inerte y fría, yacía en la cuenca de una burbuja de sueño artificial.

Un cuerpo estaba tumbado en una camilla plastificada, en el pasillo de cuidados intensivos.

—¿Por qué tantas? ¡Brutos! ¡Con una sola tenía! —exclamó Marcela, la regordeta del piso 2, una de las consentidas de los jefes por sus modos suaves en el área de geriatría—. ¡Son demasiadas! Nunca vamos a lograr sacárselas todas...

Exhaló desalentada. Se mordió el labio inferior y dos hoyuelos marcaron sus mejillas siempre rosadas.

—¿Vamos? Tú y yo no vamos a hacer nada, chama-ca, lo harán ellos —replicó Jazmín señalando con los ojos la puerta del quirófano—, anda, ve por tijeras, hay que romperle la ropa.

El médico internista las apartó de un codazo. Como el capitán de un barco que naufraga, gritó órdenes inapelables: “paletas”, “respirador”, “despejen”, “preparen quirófano”, “llamen al cardiólogo”, “¿quién está de guardia en urgencias?”, “¡tráiganselo!”, “¡muévanse, carajo!”. Las enfermeras zumbaron alrededor del paciente, llamaron a otras. Marcela corrió al teléfono para vocear al responsable de la guardia. Jazmín —chongo mante-

nido por una buena dosis de laca, boca de un carmín insolente— rasgó los pantalones con las tijeras. El hombre de unos treinta años era incapaz de escuchar aquel enjambre de abejas enfurecidas. La sangre volvía irrecognocible su rostro tumefacto. Me acerqué sin proponérmelo siquiera, como atraída por aquellos brazos tatuados de calaveras que colgaban de la camilla. Contemplé uno a uno los dedos gruesos y amoratados. Tatuados todos, hasta el meñique. Un hilillo rojo los serpenteaba, gotteaba en el piso con la necesidad de un arroyo. Su cuello de toro estaba mantenido por un collarín de plástico, su boca abierta no emitía sonido alguno. Me quedé petrificada. El cirujano de guardia entró al cuarto estéril, a donde habían llevado la camilla, con los guantes y el cubrebocas puestos. “Quítese, no estorbe”, me dijo con voz ronca. Era gastroenterólogo, su especialidad eran las hernias, los reflujo y los intestinos flojos, no los matones acribillados. Pero a esas altas horas de la noche no había nadie más. Teatral, el doctor Jiménez agitó la cabeza de un lado a otro, con las manos alzadas al cielo a manera de súplica. ¿Por qué diablos le tocaba este? ¿Por qué no estaba en su cama, envuelto en el calor de sus cobijas? ¿Por qué precisamente esa noche helada en que no había nadie más? Le había cancelado a su novia la ida al cine,

y al ser la tercera vez en la semana, era probable que ya no lo perdonara. Además, no había comido nada desde que dejó su departamento en la Condesa por la mañana, salvo una dona de glaseado rosa, rosa como las mejillas de la Marce. Pinche noche, murmuró, si seguía malpasándose así, terminaría el año hecho un cerdo. Era como una maldición, siempre le tocaban los peores, los casos desesperados. ¿Qué habría sido en otra vida para tener que soportar esa pelea a diario con la muerte? ¿A buena hora se le había ocurrido ingresar a la facultad de medicina, como su papá y sus hermanos! Palpó el cuerpo moreno, desnudo. Intentó contar los impactos de bala entre los pliegues de grasa del moribundo. Argumentó en voz alta que estaba perdiendo el tiempo, ya vería en el quirófano... Marcela me apartó y me cerró las cortinas del cubículo en las narices; volví a la cabecera de mi madre donde el monitor se mantenía estable.

—Eran 37 —sentenció Marcela con los codos apoyados sobre la barra de formaica del módulo de enfermería—, ¿te das cuenta? ¡Treinta y siete balazos! Y sigue vivo, caray. ¡No me la creo!

—No. No está vivo. Respira, pero no está vivo. ¿Cuánto apuestas a que no la libra? No pasará la noche, chama-ca, eso te lo aseguro —le respondió Jazmín.

Entró el cirujano a callarlas. Echó un vistazo al reloj de pared del pasillo, pronto habría de clarear el día. Se quitó la bata ensangrentada que echó a un basurero, se peinó con los dedos, colocó su pulgar en el escáner de seguridad de la puerta metálica y salió a dar su informe a la familia. Lo seguí como su sombra.

En la sala de espera se había instalado una verbena. Los camilleros habían tenido que sacar sillas hasta de la bodega porque las de los pasillos no alcanzaban para tantos: unos cuarenta hombres y mujeres de todas las edades. Niños en pijama y pantuflas. La cocinera del hospital ofrecía en vano a los parientes del acribillado una charola con galletitas y un termo de café. Las puertas de los elevadores sólo se abrían para vomitar más gente. En medio de todos estaba la madre. Inmensa, cabello de estropajo de tanto haber sido entintado de rubio, gruesa cadena de oro con la efigie de la santa muerte. Sollozaba en los brazos de una hija, la acorazaba con sus uñas de navaja esmaltadas en color uva. “No siempre ha sido bueno mi muchacho, ya lo sé... sí, lo sé. Pero que no se me muera, virgencita, haz que no se me muera, te lo pido, te lo ruego, por lo que más quieras, virgencita”. Gruesas lágrimas se desparramaban sobre el cuello de la hija, una versión idéntica de ella misma, pero en más joven. El doctor Jiménez, cuyo paso solía ser reconocido en todo el sanatorio por su firmeza, se detuvo un instante. En voz baja pidió hablar con el familiar más cercano. Anunció al hijo mayor que la situación era muy grave, el paciente había sobrevivido a la operación, sí, le habían retirado todas las balas, y hasta ese momento

habían logrado preservar los órganos, pero la bala que se había incrustado en la base del cráneo podía haber destruido las funciones cerebrales, lo cual le provocaría parálisis de por vida.

—No importa —intervino la madre—, sálvelo. ¿Entiende? No me importa cómo quede, ¡sálvelo! —gritó—. Aunque quede tullido, al menos así tendré el consuelo de saber en dónde anda...

Volví al cubículo 4, con un llanto ajeno atorado en la garganta. Jazmín se sirvió un café en la sala de descanso de la enfermería. Se frotó los ojos y se arrepintió de haberlo hecho. Con todas las capas de rímel que se había puesto antes de salir de casa y las horas sin dormir, su aspecto era desastroso. Sacó un miniespejo de la bolsa de su bata, se limpió los surcos de tizne con el dedo humedecido de saliva. Era bonita, joven aún. Un cuerpecito de colegiala, como para sacarlo a bailar cumbia cada semana. Por eso las envidiosas de sus amigas le reprochaban que tuviera tres hijos de tres padres diferentes. ¿Y luego? ¿Cómo es que siendo tan sabrosa se las arreglaba para acabar en brazos de golpeadores y borrachos? Hombres... Para colmo había concebido tres varones, los repartía al amanecer, a una prima para que los llevara a la escuela, a una vecina a la que le pagaba por arrullar al más chiquito. Iztapalapa quedaba hasta el quinto infierno, un micro, otro micro, el Metro, otro micro. Desalmada, le decían unas; madre abnegada, le decían otras. Cabronas, les respondía. ¿O usted qué haría en mi lugar? Me había preguntado una de las tantas noches en vela que compartíamos. ¿Qué culpa tenía ella si la embarazaban nomás con ponerle los ojos encima? Hubiera querido encontrar un novio digno en el hospital, pero el único hombre que se interesaba en ella era Carlitos, alias “Karl”, un enfermero *gay* que usaba pantalones tan transparentes como los de ella. De nada le servía su boquita de corazón palpitante, los médicos ni la volteaban a ver. “Y, ¿pa cuándo el cuarto?”. Le preguntaba burlona Marcela, “con suerte y hasta compras ora sí a tu princesita”. Sí, claro, como tú no los mantienes...

El doctor Jiménez salió a la calle a respirar aire fresco. Le ardían los ojos por la intensidad de la luz del quirófano. Afuera había más gente que en la sala de espera de aquel hospital de la colonia Roma, el eslabón de una cadena de sanatorios de prestigio. Eran decenas de hombres con caras de pocos amigos. El médico observó sus cinturas abultadas, las camionetas oscuras estacionadas hasta en segunda fila en una avenida en donde no estaba permitido detenerse, y algunas patrullas en la esquina. Los uniformados parecían no percatarse de nada, desayunaban una guajolota con atole, en franca camaradería. El joven cirujano tragó saliva, caminó de prisa hasta una heladería de aspecto *vintage*, recién inaugurada, que sin duda tendría mucho éxito entre los *hipsters* del barrio. Era el único comercio abierto. Se sentó en

un banquito de color turquesa sin saludar siquiera. La chica que barría a conciencia no le preguntó nada. El médico observó las volutas caprichosas del azulejo del piso, blancas sobre gris, ¿o eran grises sobre blanco? No podía creerlo. Por lo menos diez hospitales, públicos y privados, tanto del estado de México como de la capital, se habían negado a recibir al acribillado. Se lo dijo la jefa de enfermeras. ¿En qué pensaba el imbécil del médico de guardia cuando le abrió las puertas a la ambulancia? Ahora tenían encima al Ministerio Público y a una banda de “familiares” de aspecto sospechoso. El paciente debía de ser un pez gordo... No como los adolescentes que se dedican al narcomenudeo frente a las misceláneas. Volvió pálido a la clínica, arrastraba los pies como si le hubieran llenado de piedras los zapatos.

En terapia intensiva halló a Marcela haciendo sus reportes. La del 4, mi madre, tenía una fiebre muy alta. La del 6 un pulso inestable. El del ocho seguía igual, inerte. El doctor Jiménez revisó las fichas de cada paciente y entró a verlos. Mi madre llevaba tres semanas en coma, peleaba por su vida con desesperación. Una septicemia general lo había obligado a anunciarme, la noche en que ella salió del quirófano, la noche más larga de mi vida, que ella sólo tendría una posibilidad sobre cien de sobrevivir. Debía resignarme y esperar lo peor. Tardé en entender, como si aquello le estuviera pasando a alguien más. Mi vida por la suya, negocié de inmediato con no sé quién. ¿Resignarme? Nunca. No está en mi vocabulario. La posibilidad era ínfima, pero iría por ella. Mi madre, aunque inconsciente, parecía estar de mi lado, como si hubiera dejado un pendiente que le impedía soltar el hilo de la vida. Las enfermeras se conmovían al verme entrar a su dormitorio de vidrio, dos veces al día. A veces no era capaz de articular palabra y el llanto me quemaba las mejillas. Otras, lograba cantarle las canciones infantiles que alguna vez le escuché a ella. La peinaba, le ponía crema en las rodillas y en la frente, porque, hundida entre los tubos y las máquinas, me quedaba poco de ella, acaso algunos fragmentos. Le contaba de la vida de afuera, rosada y tersa, de la luz del atardecer, de la lluvia rabiosa y de la risa de mis niños. En el cubículo 8 la devota de la santa muerte besaba las manos tatuadas de calaveras de su hijo. Le suplicaba entre murmullos, le rogaba que no se muriera. Ella le prometía cuidarlo siempre, hasta el final, en las condiciones que fuera. Habría querido abrazarlo como cuando era un bebé inocente cargado de futuro, pero tampoco podía acercarse mucho a la masa vendada toda que había sido su hijo.

—A que esta noche no la pasa —sentenció Jazmín, mientras subía una foto suya en su perfil de WhatsApp, ella en playera escotada y brasier *push up* que obligaría a los demás a verla.

—A que sí... Ya pasaron tres días y sigue vivo —le respondió Marcela mientras buscaba en su propio celu-

lar una canción de los Ángeles Azules en YouTube, que según ella era la favorita de mi madre.

Socarrona, le reclamé, hasta en coma logras resguardarme tus secretos, ma.

—Tú sabes por qué, no te hagas —agregó Jazmín—. La señora se niega a desconectarlo. Ya se le dijo de una y otra forma que está muerto. Bien muerto. Sólo respira por los monitores, pero ya no hay nadie ahí dentro, ya se fue. Con desconectar un cable tiene, con una falla de la planta de luz... ¿Para qué lo mantienen así? ¡Y con lo que cuesta! La madre no se lo puede llevar a su casa. No hay manera. Tampoco quiere firmar los papeles porque dice que su hijo vivirá, ¡hazme el favor!

—Ya conoces el dicho, la esperanza es lo último que muere... Oye, ¿comiste algo? Tengo unas papas en mi casillero, por si quieres.

—¡Señoritas!

El doctor Jiménez había entrado por la puerta metálica con la fuerza de un ventarrón. Las dos enderezaron el busto y lo miraron como niñas asustadas.

—Apunten en el expediente: hora del fallecimiento del paciente del ocho, 19 horas con 36 minutos. Voy a dar el aviso a los familiares.

Apreté los párpados para no llorar.

—Jazmín, ¿tú crees que lo desconectó? —murmuró Marcela.

—No digas tonterías. Ándale, hay que preparar el cuerpo.

Las enfermeras cerraron las cortinas del cubículo.

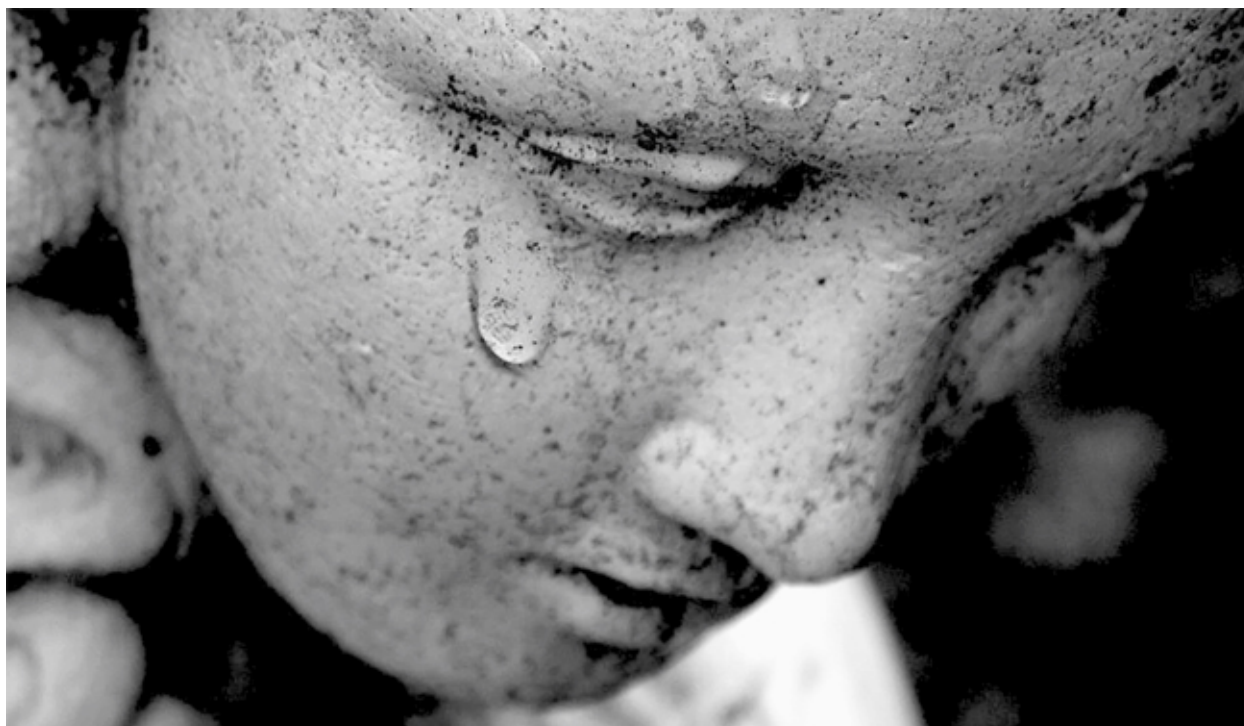
El doctor Jiménez dejó la sala de espera sumergida de pronto en un coro de sollozos y gritos, capaces de ahogar el sonido de la tele que a esa hora bramaba los resultados de un partido de fútbol. En la calle se escucharon rechinidos de llantas de camionetas; hombres subían y bajaban por las escaleras de servicio del edificio. Tomó el elevador hasta el último piso, entró a la oficina del jefe y abrió la puerta de cristal templado sin anunciarse.

—¿Qué traes? Parece que viste al diablo —inquirió el doctor Méndez.

—Acaba de morir el acribillado... Te juro que hice lo que pude.

El director del hospital sintió los vellos de sus brazos erizarse por debajo de la camisa. Lo recorrió un escalofrío. Tomó dos grapas de su escritorio, se puso a jugar con ellas, mientras buscaba una respuesta.

—Siéntate —le ofreció la silla frente a sí—. Sé que hiciste lo que pudiste, eres uno de mis mejores cirujanos. No se te ocurra hacer ninguna declaración, a nadie. Que los familiares se las arreglen con el Ministerio Público y los policías con la prensa. Nosotros cumplimos con nuestro deber. Quién es él, de dónde viene y por qué lo mataron, no nos incumbe. Y no les vamos a cobrar un quinto. Ni tú cobras tus honorarios, ni tu equipo, ni mi administrador. Nada.



—Pero... —el doctor Jiménez lo miró incrédulo.

—Nada, dije. ¿Tienes hijos? No, verdad. Yo sí. Y no quiero que me los secuestren o me los maten. Llevamos tres días con varios hombres armados hasta los dientes allá afuera. Pudieron causar una balacera en la calle. Así que les diremos que lamentamos mucho su pérdida y que en agradecimiento por su preferencia no les cobraremos nada.

El doctor Jiménez bajó de nuevo por el elevador, en el piso 5 se asomó a la capilla del sanatorio y se persignó.

En terapia intensiva, Jazmín mantenía los ojos puestos en el monitor de la paciente del 6, a corta distancia de la cama con barrotes de seguridad. La hija besaba el rostro de la madre. Otra hija... otra madre. El monitor soltó un chillido de alarma, mi corazón dio un brinco. El pulso de la paciente se había detenido. No te mueras, mamacita, por favor, no te mueras, suplicaba la hija. Si tú te vas me dejarás sola en el mundo, y yo no tengo a nadie más, tú eres mi sol, eres mi vida entera. Mamacita, ¡por favor! El pulso de la paciente arrancó de nuevo.

Jazmín había estado observando eso todo el día: cada vez que el pulso de la anciana se detenía, la hija le suplicaba que se quedara y el monitor se ponía en marcha otra vez. La mujer estaba exhausta, tenía los ojos cerrados de tan hinchados. Jazmín le sugirió acudir al baño a lavarse la cara y al vestíbulo a la máquina de café para calmarse un poco, ella obedeció. Yo me aferré al barandal de la cama de mi madre para no caerme.

La enfermera volvió al cuarto 6. Se acercó a la paciente, tomó sus manos entre la suyas y le habló durante un largo rato. Intrigada, Marcela la alcanzó. La puerta se quedó abierta. Madrecita, ya váyase, ya es hora —le

decía muy quedo—. Ha llegado el momento, usted ya ha sufrido mucho, merece descansar. Su hija la ama mucho, mucho, por eso no la quiere dejar ir, pero ella va a estar bien, no se preocupe. Váyase en paz... Ya es hora.

Sonó el timbre de la puerta metálica, la hija pedía ingresar de nuevo a terapia intensiva.

—Dile que no le podemos abrir ahorita, que le estoy cambiando las sábanas —ordenó Jazmín a su compañera.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó aterrada Marcela.

—No discutas...

Marcela ejecutó la orden, por el interfón pidió a la hija unos minutos de paciencia, mientras Jazmín volvía a su encantamiento. Váyase ya, yo aquí la acompaño. Ella estará bien, no se preocupe, usted ha sido una buena madre y le dio todo lo que tenía que darle. Descanse.

El monitor se detuvo.

Jazmín se sentó en la silla de su jefe en la oficina de la guardia. Era una concha hueca, arrojada por la marea. Marcela se acercó a ella, compungida. Se sentó a su lado, a comerse las uñas. Esperaban la llegada del doctor que debía oficializar la hora del deceso. Me derrumbé en un rincón del cubículo 4.

—¿No te parece increíble, manita? —escuché preguntar a la regordeta de mejillas rosadas.

—¿Qué? —dijo Jazmín.

—Que de todas las balas que le metieron al del 8... de las 37, ni una, ni una sola, le pegó al diablo grandote que tenía tatuado en el abdomen. Ese diablo horrible... Fue el único lugar de todo su cuerpo en que no le cayó una sola bala.

Jazmín suspiró.

Unos días después, mi madre abrió los ojos. **U**